

res, nacieron de ambicion los del uno, de obstinacion los del otro; y para el enojo y la ira el uno era pronto, el otro inexorable: así Tito á Filipo le conservó la dignidad del reino, y al cabo se compadeció de los Etolios; pero Filopemen á su misma patria la privó por enojo de los tributos de sus aldeas. El uno jamas faltaba á quienes habia hecho bien; y el otro por enfado estaba siempre pronto á borrar el reconocimiento; porque habiendo sido en un principio bienhechor de los Lacedemonios, despues les derribó las murallas, les taló los campos, y por fin les mudó y trastornó el gobierno; y aun parece que por enojo y obstinacion expuso y perdió la vida, entrándose en la Mesenia fuera de tiempo, y con menos reflexion de lo que convenia, no siendo como Tito, que en el mando calculaba mucho y consultaba sobre todo á la seguridad.

Por la muchedumbre de guerras y trofeos, la ciencia militar de Filopemen fue mucho mas acreditada: porque aquel la guerra contra Filipo la terminó en dos combates; pero este, habiendo salido vencedor en mil batallas, ningun asidero dejó á la fortuna para que se contendiese con su pericia. Por otra parte aquel tuvo á su disposicion el poder romano cuando estaba en su mayor apogeo; y este adquirió gloria con las debiles fuerzas de la Grecia cuando estaban en su declinacion: así los triunfos de uno fueron peculiares é individuales suyos; mientras que los del otro deben decirse propriamente públicos: por quanto aquel mandaba valientes, y este los formó con su mando. Además los combates de Filopemen fueron con Griegos; lo que si fue una mala suerte, fue una irrefragable prueba de virtud; porque entre aquellos que en todo lo demas son iguales, el que se aventaja, es á la virtud á quien debe el vencimiento: así peleando con los mas aguerridos de los Griegos, los Cretenses y Lacedemonios, de los mas astutos triunfó con estratagemas, y de los mas fuertes con valor. Fuera de esto Tito venció con lo que ya existia, empleando las armas y la táctica que encontró; y Filopemen, introduciendo un nuevo orden en estas cosas en cambio del que habia: de manera que el uno inventó los medios de la victoria, y al otro le sirvieron los que exis-

tian. En cuanto á hechos propios y personales de guerra, de Filopemen hubo muchos y muy señalados; de Tito ninguno: así es que uno de los Etolios, Arquedamo, le motejó de que mientras él corria con la espada desenvainada contra los Macedonios que se le oponian, Tito se estaba parado con las manos levantadas al cielo haciendo plegarias.

Tito teniendo autoridad, ó siendo mandado de embajador, todo lo hizo bien y prósperamente; y Filopemen, siendo particular, no fue menos útil ó menos activo para los Aqueos que cuando fue su general: porque siéndolo, arrojó á Nabis de la Mesenia, y restituyó á los Mesenios la libertad; y de particular cerró al general Diófanes y á Tito las puertas de Esparta cuando iban contra ella, y salvó á los Lacedemonios. Era tan nacido para ser caudillo, que no solo imperaba segun las leyes, sino que sabia mandar á las leyes mismas para hacer lo que convenia: así no necesitaba recibir el mando de los que podian conferirle; sino que se valia de ellos cuando la ocasion lo exigia: creyendo que mas bien era su caudillo el que pensaba en sus ventajas y provecho, que no el que era por ellos elegido. Y si deben ser tenidas por ilustres y generosas la equidad y humanidad de Tito para con los Griegos, mas generosos fueron todavía el valor y amor de la independencia manifestados por Filopemen contra los Romanos: porque mas fácil es hacer favor á los que lo piden, que resistir con teson á los poderosos. Examinadas pues todas estas cosas, ya que no sea muy clara la preferencia, si dijéremos que al Griego debe adjudicarse la corona de la pericia militar, y al Romano la de la justicia y la probidad, parecerá que hemos acertado con lo que los distingue.

---

PIRRO.

Refiérese que despues del diluvio fue Faeton el primero que reinó sobre los Tesprotos y Molosos, siendo uno de los que con Pelasgo vinieron al Epiro; pero otros afirman que

Deucalion y Pirra, edificando el templo de Dodona, habitaron allí entre los Molosos. Mas adelante Neoptolemo, el hijo de Aquiles, trasladándose á aquella parte con su pueblo, se apoderó del país, y dejó una sucesion de reyes que de él provienen, llamados los Pirridas, porque de niño se le dió el sobrenombre de Pirro; y á uno de los hijos legítimos que tuvo de Lanasa, la de Cleodio, que fue hijo de Hilo, le puso tambien este nombre; y desde entonces se tributaron en el Epiro honores divinos á Aquiles, apellidándole *Aspeto*, ó inimitable con una voz propia de la lengua del país. Los reyes intermedios, despues de los primeros, cayeron en la barbarie, y ninguna memoria quedó de su poder; y sus hechos hasta Tarruta, que se dice haber sido el primero que civilizando las ciudades con las costumbres y letras griegas, y con leyes benéficas, adquirió cierto renombre. De Tarruta fue hijo Alcetas, de Alcetas Arubas, y de Arubas y Troade Eacidas. Casó este con Ftia, hija de Menon el Tesaliano, varon que se ganó gran reputacion por motivo de la guerra Lamiaca, y tuvo, segun refiere Leones, la mayor autoridad entre los aliados. De Ftia tuvo Eacidas dos hijas, Dudamia y Troya, y un hijo, que fue Pirro.

Subleváronse los Molosos, y arrojaron del trono á Eacidas, llamando á él á los hijos de Neoptolemo. Muchos de los amigos de Eacidas perecieron en la insurreccion; pero Androclides y Angelo, ocultando á Pirro, todavía muy niño, á quien con ansia buscaban los enemigos, pudieron evadirse, llevando por fuerza en su compañía á algunos esclavos y á las mujeres que servian á aquele de las. La fuga por esta causa era dificultosa y tardía, y como fuesen alcanzados, entregaron el niño á Androcleon, Hipian y Neandro, jóvenes de confianza y valor, encargándoles que huyeran á toda prisa hasta entrar en Megara de Macedonia. Ellos en tanto, ora con ruegos y ora peleando, lograron contener á los que los perseguian hasta bien entrada la tarde; y despues que á tanta costa los hubieron rechazado, fueron á juntarse con los que llevaban á Pirro. Cuando puesto el sol se creian en el término de su esperanza, decayeron repentinamente de ella arribando al rio que pasa por junto á la ciudad, hallán-

dole amenazador y soberbio, y que de ninguna manera daba paso á los que lo intentaban: por cuanto llevaba gran caudal de aguas, y estas muy turbias con motivo de haber llovido mucho; y ademas las tinieblas todo lo hacian mas temible. Desconfiaron pues de poder ellos solos salvar al niño y á las mujeres que le criaban; mas habiendo sentido que al otro lado habia algunas gentes del país, les pedian auxilio para pasar, mostrándoles á Pirro, y clamando y suplicando. Los otros nada oian por la rapidez y ruido del rio, perdiéndose el tiempo mientras los unos gritaban, y los otros no entendian; hasta que parándose uno á meditar le ocurrió separar la corteza interior de una encina, y escribir en ella con el clavo de una evilla letras que refiriesen el apuro en que se hallaban, y la suerte de aquel niño. Rodéala despues á una piedra, para que con esta se diese impulso al tiro, y así la puso al otro lado: aunque otros dicen que la tiró rodeada al cuento de una lanza. Luego que leyeron lo escrito, y se enteraron de la urgencia, cortaron algunos troncos, y juntándolos entre sí pasaron á la otra orilla, é hizo la casualidad que el primero que pasó, llamado Aquiles, fue el que tomó el niño: los demas pasaron asimismo á los que se les presentaron.

Habiéndose salvado y evitado la persecucion de esta manera se dirigieron al Ilirio á casa del Rey Glauquias, y hallándolo en ella sentado con su mujer, pusieron el niño en el suelo en medio de ellos. Espantó el Rey á concebir temor de Casandro, que era enemigo de Eacidas, y así estuvo largo rato en silencio consultado entre sí: en esto Pirro, yéndose á él á gatas por impulso propio, le cogió el manto con las manos, y levantándose arrimado á las rodillas del mismo Glauquias, primero se echó á reir, y despues puso un semblante triste, como de quien ruega y se halla en afliccion, prorumpiendo en lloro. Algunos dicen que no se echó á los pies de Glauquias, sino que se arrimó al ara de los Dioses, y que se puso en pie asido de ella con las manos, lo que Glauquias habia tenido á gran prodigio. Hizo pues entrega de Pirro á su mujer, encargándole le criara con sus hijos; y reclamándole de allí á poco los enemigos no le entregó,

aunque Casandro le ofrecia doscientos talentos; sino que cuando ya tuvo doce años le acompañó al Epiro con tropas, y le hizo reconocer por Rey. Resplandecia en el semblante de Pirro la dignidad regia; sobresaliendo mas sin embargo lo temible que lo magestuoso. No tenia el número de dientes que los demas; sino que arriba tenia un solo hueso seguido, en el que como con líneas delgadas estaban aquellos designados. Dícese que tenia virtud para curar á los que padecian del bazo, sacrificando un gallo blanco, y fricando en tanto con el pie derecho el bazo del doliente, que debia estar tendido boca arriba; y ninguno era tan pobre ni tan desvalido que no participara de esta gracia, si se presentaba á pedirla. Tomaba en premio un gallo despues del sacrificio, y lo estimaba en mucho. Dícese asimismo que el dedo grueso del pie tenia igualmente una virtud divina; de manera que quemado el cuerpo despues de su muerte, el dedo se encontró ileso é intacto del fuego; mas de esto despues.

A la edad de diez y siete años, creyéndose bastante asegurado en el reino, se le ofreció un viaje, con motivo de haber de casarse uno de los hijos de Glauquias con quienes se habia criado; y sublevándose otra vez los Molosos, desterraron á sus amigos, se apoderaron de sus bienes, y se pusieron en manos de Neoptolemo. Pirro despojado así del reino, y falto absolutamente de todo, se entregó á Demetrio, hijo de Antígono, casado con su hermana Deidamia, la cual, siendo todavía muy jóven, estuvo destinada para mujer de Alejandro, hijo de Rojana; pero como este hubiese caído en infortunio, hallándose ya en edad, se casó con ella Demetrio. En la gran batalla de Ipsos, en que combatieron todos los Reyes del país, tuvo tambien parte Pirro en auxilio de Demetrio, siendo todavía muy mozo; y habiendo rechazado á los que se le opusieron, se distinguió gloriosamente entre los combatientes. Vencido Demetrio, no le abandonó, sino que le mantuvo fieles las ciudades que tenia en Grecia; y como ajustasen tratados con Tolomeo, él mismo se dió en rehenes, partiendo con esta calidad para Egipto. Dióle allí á Tolomeo en la caza y en los ejercicios de la palestra brillantes muestras de robustez y sufrimiento; y observando que Berenice era la que

tenia mas poder, y la que en virtud y prudencia se aventajaba á las demas mujeres de este, se dedicó á obsequiarla con particularidad. Sabia con oportunidad, y cuando el caso lo pedia, ceder á la voluntad de los poderosos, así como desdeñaba á los inferiores; y siendo por otra parte arreglado y moderado en su conducta, entre muchos jóvenes de los principales fue escogido para casarse con Antígona, una de las hijas de Berenice, tenida de Filipo antes de enlazarse con Tolomeo.

Gozando de mayor reputacion todavía despues de este matrimonio, y viviendo al lado de su mujer Antígona, á quien amaba, negoció que se le enviara al Epiro con tropas y caudales á recuperar el reino. Fue su llegada á gusto de muchos, por lo mal visto que estaba Neoptolemo á causa de su injusto y tiránico gobierno; mas con todo por miedo de que Neoptolemo se ligara con algunos de los otros Reyes, ajustó con él paz y amistad, conviniendo en reinar juntos. Andando el tiempo habia quien ocultamente trataba de indisponerlos, suscitando sospechas de uno á otro; pero la causa que mas principalmente movió á Pirro se dice haber dimanado de lo siguiente. Tenian por costumbre los Reyes, sacrificando al Dios Marte en Pasaron, que era un territorio de la Molotide, prometer á los Epirosas bajo juramento que reinarian segun las leyes, y estos á su vez que segun las mismas guardarían el reino. Concurrieron al acto los dos Reyes, asistidos cada uno de sus amigos, dando y recibiendo recíprocamente muchos presentes. Gelon pues, uno de los partidarios mas zelosos de Neoptolemo, saludando á Pirro con la mayor fineza, le hizo el regalo de dos yuntas de bueyes de labor. Mirtilo, uno de los cooperos de Pirro, que se hallaba presente, los pidió á este, que no vino en dárselos á él sino á otro; y habiéndolo sentido vivamente, no se le ocultó á Gelon esta circunstancia. Convidóle á comer, y aun segun algunos refieren, siendo un jóven de buena figura, abusó de él entre los brindis, y moviéndole conversacion del suceso, le exhortó á que abrazase el partido de Neoptolemo, y quitase la vida á Pirro con un veneno. Mirtilo afectó prestarse á la tentacion, aplaudiendo y mostrándose persuadido; pero dió de ello parte á Pirro; y de órden de este presentó al

gefe de los coperos Alejicrates, ante el mismo Gelon, como que habia de auxiliarles en el hecho; y es que Pirro queria que fuesen muchos los que pudieran servir al convencimiento de aquella maldad. Engañado Gelon de esta manera, fue todavía mas engañado Neoptolemo: el cual, dando por supuesto que la asechanza iba adelante, no pudo contenerse con el placer, y lo divulgó entre los amigos. Además, comiendo una vez en casa de su hermana Cadmia, se le fue sobre ello la lengua, creyendo que nadie lo escuchaba, porque ninguno otro estaba cerca sino Fenareta, mujer de Samon, mayoral de los rebaños y vacadas de Neoptolemo; y esta, que se hallaba echada en la cama detras de un tabique intermedio, les pareció que dormia. Enteróse de todo, sin que pudieran conocerlo, y á la mañana se fué á dar con Antígona, mujer de Pirro, á quien refirió todo lo que Neoptolemo habia dicho á la hermana. Sabedor de ello Pirro, por entonces nada hizo; pero en un sacrificio, habiendo convidado al banquete á Neoptolemo, le quitó la vida; asegurado ya de que los principales de los Epirotas estaban de su parte, y aun le excitaban á que se apoderase de Neoptolemo, y no se contentara con tener una pequeña parte del reino, sino que hiciera uso de su índole emprendiendo cosas grandes; y que pues habia ya aquella sospecha se adelantara á Neoptolemo, quitándolo de en medio.

Teniendo siempre en memoria á Berenice y Tolomeo, á un niño que tuvo de Antígona, le impuso este nombre; y habiendo edificado una ciudad en la península del Epiro, la llamó Berenicida. Después de esto, trayendo y revolviendo en su ánimo muchas y grandes ideas, y aun teniendo concebidas de antemano esperanzas sobre los pueblos inmediatos, encontró para ingerirse en los negocios de Macedonia el pretexto de haber Antipatro, hijo mayor de Casandro, dado muerte á su madre Tesalónica, y hecho huir á su hermano Alejandro; el cual envió á suplicar á Demetrio que le socorriese, llamando tambien en su auxilio á Pirro. Deteniase Demetrio por otras atenciones; y presentándose Pirro, le pidió por premio de su alianza la Ninfæa, y la parte litoral de la Macedonia, y de los pueblos agregados á Ambracia,

Acarmania y Anfiloquia. Cediósele todo aquel jóven, y él lo ocupó, poniendo guarniciones, y adquirió para Alejandro todo lo demas de que pudo desposeer á Antipatro. El Rey Lisimaco, aunque no le faltaba en que entender, deseaba ardientemente venir en auxilio de este, y estando cierto de que Pirro en nada desagradaria, ni negaria nada á Tolomeo, le remitió una carta supuesta á nombre de este, en que le prevenia se retirase de la expedicion por trescientos talentos que recibiria de Antipatro. Abrió Pirro la carta, y al punto conoció el engaño, porque la cortesía no era la acostumbrada: *el padre al hijo salud; sino el Rey Tolomeo al Rey Pirro salud*. No dejó pues de reconvenir á Lisimaco; mas sin embargo convino en la paz, y se habian reunido, como si sacrificando victimas fueran á confirmar los tratados con juramento. Habianse traído un macho de cabrío, un toro y un carnero; y como este se muriese por sí, á todos los demas les causó risa aquel suceso; pero el agorero Teodoro prohibió á Pirro que jurase, diciendo que aquel prodigio anunciaba la muerte de uno de los tres Reyes; así Pirro se apartó de la paz por esta causa. Cuando ya los negocios de Alejandro tomaban consistencia, acudió Demetrio; y como se presentaba á asistir al que no le habia menester, desde luego dió que rezelar; pero á bien pocos dias de haberse reunido, por mutua desconfianza se armaron asechanzas uno á otro. Espió la oportunidad Demetrio, y adelantándose al jóven, le quitó la vida, declarándose Rey de Macedonia. Tenia ya antes de aquella época quejadas contra Pirro, y habia hecho incursiones en la Tesalia; pero lo que se agregaba la natural enfermedad de los poderosos, que es la ambicion desmedida, por la cual habia venido á ser entre ellos la vecindad muy recelosa y desconfiada, especialmente después de la muerte de Deidamia; mas cuando ya ambos poseyeron la Macedonia, y vinieron á coincidir en un mismo punto de codicia, teniendo la discordia mas visibles causas, acometió Demetrio á los Etolios: venciólos, y dejando allí á Pantauco con bastantes fuerzas, marchó él mismo contra Pirro; y Pirro contra él apenas lo llegó á entender. Hubo equivocacion en el camino, y se desviaron el uno del otro; y Demetrio, pene-

trando en el Epiro, lo asolaba; pero Pirro, cayendo sobre Pantauco, se dispuso á presentarle batalla. Trabada esta, era terrible el combate entre los soldados, y mucho mas entre los gefes: porque Pantauco, que en valor, en firmeza de brazo, y en robustez de cuerpo era sin disputa el primero entre los caudillos de Demetrio, sobrándole ademas el arrojo y altivez, provocaba á Pirro á singular combate; y este, que en fortaleza y reputacion no cedía á ninguno de los Reyes, y que aspiraba á acreditar que la gloria de Aquiles no tanto le era propio por linaje como por virtud, corria por medio de los enemigos en busca de Pantauco. Combatieron primero con las lanzas; pero viniendo despues á las manos, hicieron uso con maña y con fuerza de las espadas; y recibiendo Pirro una herida, y dando dos, una en un muslo y otra en el cuello, rechazó y derribó á Pantauco; aunque no le acabó de matar, porque sus amigos le retiraron. Alentados los Epirotas con la victoria de su Rey, y admirados de su valor, rompieron y desbarataron la falange de los Macedonios; siguiéronles el alcance en la fuga, y dieron muerte á muchos, tomando vivos á cinco mil.

Este combate no produjo en los Macedonios tanto odio y encono contra Pirro por lo que en él sufrieron, como gloria y admiracion de su virtud; dando ocasion de hablar de ella á los que vieron sus hazañas, y á los que le trataron despues de la batalla. Porque les parecia que su aspecto, su prontitud y sus movimientos eran los mismos que los de Alejandro; que veian en este sombras é imitacion de aquel ímpetu y aquella violencia en los combates; y que si los demas Reyes remedaban á Alejandro en la pureza, en las guardias, en llevar torcido el cuello, y en hablar alto, solo Pirro lo representaba en las armas y en el esfuerzo. De su pericia y habilidad en la táctica y en la estrategia pueden verse pruebas en los comentarios que sobre estos objetos nos dejó escritos. Dícese ademas que preguntado Antígono quién era el mejor capitán, habia respondido, Pirro en siendo mas viejo: bien que no habló, sino de los de su edad; pero Anibal, hablando en general de todos los capitanes, en pericia y destreza puso el primero á Pirro, el segundo á Escipion, y

el tercero á sí mismo, como dijimos en la vida de Escipion. Finalmente Pirro en esto fue en lo que se ocupó siempre, y á esto dedicó su atencion, como á la doctrina mas propia de los Reyes, no dando ningun precio á las demas artes y habilidades. Así se refiere que preguntado en un festin cuál era mejor flautista, si Piton ó Calisia, contestó: Polipercon es el mejor capitán: como si esto solo fuera lo que le estaba bien inquirir y saber á un Rey. Era sin embargo para los que le trataban afable, y nada fácil á irritarse; así como activo y vehemente para la gratitud y reconocimiento. De aquí es que habiendo muerto Eropo, se mostró muy pesadoso, diciendo que este habia sucumbido á la mortalidad; pero él quedaba con el disgusto, y se reprendia á sí mismo, de que pensándolo y disfrutándolo siempre no habia pagado sus servicios: porque los réditos pueden pagarse á los herederos de los que dieron prestado; pero el retorno de los favores, si no se hace á los que pueden sentirlo y apreciarlo, se torna en afliccion del hombre recto y justo. Proponíanle en Ambracia algunos que detersen se á un hombre desvergonzado y maldiciente contra él; pero les respondió, nada de eso, mejor es que se quede así, porque vale mas que me difame entre nosotros que ser los pocos, que no que yendo por ese mundo, me desacredite con todos los hombres. Reprendiendo á unos jóvenes que en un festin le habian insultado, les preguntó: ¿si era cierto que habian proferido aquellas injurias? y como uno de ellos respondiese, esas mismas, ó Rey, y aun habiamos proferido mas, si hubiéramos tenido mas vino, echándose á reir, los dejó ir libres.

Casóse, por miras de adelantar sus negocios y su poder, con muchas mujeres despues de la muerte de Antígona: porque se enlazó con la hija de Autoleonte, Rey de la Peonia; con Bircena, hija de Bardiles, Rey de los Ilirios; y con Lanasa, hija de Agatocles, Rey de Siracusa, que le llevó en dote la ciudad de Corfú, tomada por Agatocles. De Antígona tuvo en hijo á Tolomeo; de Lanasa á Alejandro; y á Heleño, el mas joven entre los hermanos, de Bircena. A todos los formó excelentes en las armas y sumamente fogosos, excitados á esto por él apenas nacidos. Así se dice que pregun-

tado por uno de ellos, todavía muchacho, que á quien dejaria el reino, le respondió: A aquel de vosotros que tenga mas afilada la espada; lo que en nada se diferencia de aquella maldicion trágica dirigida á unos hermanos:

Partais la hacienda con el hierro agudo;

¡ tan antisociales y feroces son los designios de la ambicion!

Restituido Pirro á su reino celebró la anterior batalla con grande regocijo, volviendo lleno de gloria y de engrandecimiento; y dándole los Epirotas el nombre de águila: Por vosotros, les dijo, soy águila; ¿y cómo no lo seré elevado en alto como con alas por vuestras armas? De allí á poco tiempo, sabiendo que Demetrio se hallaba peligrosamente enfermo, invadió repentinamente la Macedonia como para hacer correrías y talar el pais; y estuvo en poco el que se apoderase de todo, y ocupase sin contradiccion el reino, llegando hasta Edesa, sin que nadie le resistiese, y antes reuniéndosele muchos, y peleando á sus órdenes. Dió el peligro á Demetrio un aliento superior á sus fuerzas, y congregando sus amigos y generales gran copia de gente en poco tiempo, se fueron resuelta y denodadamente contra Pirro. Este, que habia venido para recoger botin, mas que para otra cosa, no los aguardó, sino que se puso en retirada, en la que perdió parte de sus tropas, persiguiéndole los Macedonios. Y aunque no por haberle tan fácil y prontamente arrebatado de su pais se descuidó ya Demetrio; con todo teniendo resuelto emprender grandes cosas, y recuperar el imperio interno con cien mil hombres y quinientas naves, no creyó conveniente enredarse con Pirro, ni dejar á los Macedonios un vecino activo y peligroso: por lo que no pudiendo detenerse á hacerle la guerra, determinó ajustar paz con él, para marchar contra los otros Reyes. Hechos los tratados, y descubierta la idea de Demetrio por los mismos preparativos, temerosos los Reyes enviaron embajadores y cartas á Pirro, diciéndole extrañaban mucho que abandonando la oportunidad que tenia en la mano, esperase la de Demetrio para hacerle la guerra, y que pudiendo arrojarle de la Macedonia, mientras causaba sustos y los recibia, aguardara á tener que conténder con él, de-

sembarazado ya y con mayor poder, en defensa de los templos y sepulcros de los Molosos; y esto cuando poco antes le habia arrebatado á Corfú juntamente con la mujer: porque Lanasa, disgustada con Pirro, porque mostraba mas aficion á las mujeres bárbaras, se habia retirado á Corfú, y aspirando á otro matrimonio regio habia llamado á Demetrio, sabedora de que era mas inclinado que los otros Reyes á enlazarse con muchas mujeres; y él, acudiendo al llamamiento, se habia enlazado con Lanasa, y habia dejado guarnicion en la ciudad.

Al mismo tiempo que los Reyes escribian así á Pirro, trataban por sí de molestar á Demetrio, ocupado todavía en sus preparativos: para ello Tolomeo, embarcándose con grandes fuerzas, hizo que se le rebelaran las ciudades griegas; y Lisimaco, entrando por la Tracia, talaba la Macedonia superior. Con esto, puesto tambien Pirro en movimiento, marchó contra Berea con esperanza, como sucedió, de que Demetrio, yendo á oponerse á Lisimaco, dejaria desamparada la region inferior. Parecióle aquella noche que habia sido llamado entre sueños por Alejandro el Grande; y que habiendo acudido, le habia visto enfermo en cama; pero le habia hablado con amor y aprecio, prometiendo auxiliarle eficazmente; y que habiéndose atrevido á preguntarle, ¿Y cómo, ó Rey, podras auxiliarme estando enfermo? le habia contestado: Con mi nombre, y cabalgando sobre el caballo Niseo habia marchado delante de él. Alentóse mucho con esta vision, y sin perder momento, ni detenerse en el camino, tomó á Berea; y acampando allí la mayor parte del ejército, sujetó lo restante de la region por medio de sus generales. Demetrio, luego que tuvo de ello noticia, y observó que en el campamento de los Macedonios se movia una sediccion de mal carácter, temió ir mas adelante, no fuese que estos, teniendo cerca á un Rey que era Macedonio, y gozaba de reputacion, se pasasen á él; por lo cual, mudando de direccion, marchó contra Pirro, que era forastero, y á quien aborrecian los Macedonios. Mas despues que se acampó allí cerca, pasando á los reales muchos de Berea, celebraban á Pirro como varon invencible, y muy aventajado en las armas; y como muy benigno y humano para con

los cautivos. Habia tambien algunos, enviados insidiosamente por Pirro, que fingiéndose Macedonios, esparcian voces de que aquel era el tiempo de abandonar á Demetrio, hombre intratable, y pasarse á Pirro, que era popular, y muy amante del soldado. Alborotose con esto la mayor parte del ejército, y hacian diligencias por ver á Pirro. Justamente cuando esto sucedió tenia quitado el morrion; pero dando en lo que aquello era, se le puso, y fue conocido en el penacho sobresaliente y en la cimera, que eran unas astas de macho cabrío; con lo que hubo Macedonios que corrieron á él pidiéndole la seña; y algunos se coronaron con ramas de encina, porque así habian visto coronados á los que se hallaban con Pirro; y aun hubo quienes se atrevieron á proponer al mismo Demetrio que lo mejor que podria hacer seria ceder y abandonar el puesto. Advirtiéndole que con esta proposicion conformaba el movimiento del ejército, entró en temor, y se marchó ocultamente, disfrazándose con un vil sombrero y una mala capa. Entónces Pirro, dirigiéndose al campamento, le tomó sin oposicion, y fue aclamado Rey de los Macedonios.

Presentósele en esto Lisimaco, y como le expusiese que habia sido obra de ambos la ruina de Demetrio, y manifestase deseo de que dividiesen el reino; Pirro, que no tenia todavía gran confianza en la fidelidad de los Macedonios, sino que mas bien estaba rezeloso de ellos, admitió la proposicion de Lisimaco, y se repartieron entre sí todo el territorio y las ciudades. Llenó esto en aquellos momentos los deseos, y puso término entre ellos á la guerra; pero al cabo de bien poco conocieron que lo que habian creído fin de la enemistad, no era sino principio de quejas y de discordia: porque aquellos, á cuya ambicion, ni el mar, ni los montes, ni los desiertos son suficiente término, y á cuya codicia no ponen coto los límites que separan la Europa del Asia, no puede concebirse como estarán en quietud, rozándose y tocándose continuamente; sino que es preciso que se hagan siempre la guerra, siéndoles ingéñito el armarse asechanzas, y tenerse envidia. Así es que de estos dos nombres, guerra y paz, hacen uso como de la moneda, para lo que les es útil, no para lo justo; y debe considerarse que son mejores cuando abierta y fran-

amente hacen la guerra, que no cuando al abstenerse y hacer pausas en la violencia le dan los nombres de justicia y amistad. Vióse esto bien claro en Pirro; quien para oponerse de nuevo al aumento de Demetrio, y reprimir su poder, que como de una grave enfermedad iba convaleciendo, dió auxilio á los Griegos, pasando para ello á Atenas. Subió pues al alcázar, é hizo sacrificio á la Diosa; y bajando en el mismo dia, les dijo estar muy satisfecho del amor y benevolencia del pueblo; pero que si tenian juicio no volverian nunca á permitir á ningun Rey el entrar en la ciudad, ni le abririan las puertas. Asentó luego paces con Demetrio; y como de allí á poco tiempo pasase este al Asia, incitado de nuevo por Lisimaco, le sublevó la Tesalia, é hizo la guerra á las guarniciones griegas, ya porque le iba mejor con los Macedonios, cuando los tenia ejercitados en la milicia, que cuando estaban ociosos; y ya sobre todo porque no era su genio de estarse nunca quieto. Por último vencido Demetrio en la Siria, como Lisimaco quedase libre de miedo y de otras atenciones, al punto marchó contra Pirro. Hallábase este acuartelado en Edesa, y echándose sobre las provisiones que le llevaban, con interceptárselas le puso ya en grande apuro: despues por escrito y de palabra empezó á sobornarle á los principales de los Macedonios, echándoles en cara que hubiesen escogido por señor á un extranjero, descendiente de los que siempre habian servido á los Macedonios, y arrojaran de esta region á los amigos y deudos de Alejandro. Como fuesen ya muchos los sobornados, entró en temor Pirro, y se retiró con las tropas del Epiro y de los aliados, perdiendo la Macedonia del mismo modo que la habia adquirido. No tienen pues los Reyes que quejarse de los pueblos si se mudan y buscan su conveniencia, porque en esto no hacen mas que imitarlos, siendo ellos mismos sus maestros de deslealdad y traicion, y quienes les enseñan, que el que mas gana es el que menos consideracion tiene á la justicia.

Retirado entónces Pirro al Epiro, abandonando ya la Macedonia, le ofreció la fortuna el poder gozar de lo presente sin inquietudes; y vivir en paz gobernando su propio reino; pero para él el no causar daño á otros ni recibirle de

ellos á su vez era un tormento; y en cuanto al reposo le sucedía como á Aquiles,

Que en él su corazón se consumía  
Allí encerrado; y todo su deseo  
Eran las huestes y la cruda guerra.

Aspirando pues á ella, tuvo para entrar en nuevas empresas la ocasion siguiente. Hacian los Romanos la guerra á los Tarrentinos; y estos no pudiendo ni hacer frente á ella ni ponerle término, por el acaloramiento y malignidad de sus demagogos, acordaron nombrar por su general, y hacer tomar parte en esta guerra á Pirro, el mas aguerrido entonces entre los Reyes, y el mas aguerrido de todos los capitanes. De los ancianos y los hombres de juicio algunos se opusieron á esta resolucion; pero tuvieron que ceder á la gritería y alboroto de la muchedumbre; y otros en vista de esto desertaron de las juntas. Habia un hombre moderado llamado Meton, y este llegado el dia en que habia de confirmarse el decreto, cuando ya el pueblo estaba congregado, tomando una corona de la noche anterior y un farol, como si estuviese beodo, se dirigió acompañado de una tañedora de flauta á la junta del pueblo. Allí como sucede en tales juntas populares, no habiendo orden al principio, los unos al verle empezaron á dar gritos, los otros se reían, y nadie le oponia estorbo, y antes bien algunos decían que la mujer tocase, y que él pasando adelante cantase, que parecia iba á ejecutar: impuesto pues silencio: Tarrentinos, les dijo, haceis muy bien en divertirlos y en regalarlos mientras os es permitido, sin poner obstáculos á quien de ellos guste: por tanto si teneis juicio gozareis ahora de vuestra libertad, como que otros negocios, otra vida y otra dieta os esperan luego que Pirro llegue á la ciudad. Logró con estas cosas persuadir á la mayor parte de los Tarrentinos, y por toda la junta corrió el murmullo de que decia muy bien; pero los que temian á los Romanos, y el ser entregados á ellos si se hacia la paz, afrentaban al pueblo porque se dejaba burlar y escarnecer tan vergonzosamente, con lo que hicieron salir de allí á Meton. Confirmado de esta manera el decreto, enviaron em-

bajadores al Epiro, que llevaron presentes á Pirro, no solo de su parte, sino de los demas de Italia, y manifestaron que lo que necesitaban era un general experto y acreditado. Tenian ademas grandes fuerzas del pais de los Lucanos, Messapios, Samnites y Tarrentinos hasta veinte mil caballos, y de infantes en todo trescientos y cincuenta mil hombres: cosas que no solo inflamaron á Pirro, sino que á los mismos Epirotas les inspiraron deseos y empeño por ser de la expedicion. Vivía en aquella época un Tesaliano llamado Cineas, hombre de bastante prudencia y juicio, que habia sido discípulo de Demóstenes el orador, y que solo entre los oradores de su tiempo representaba como en imagen á los que le oian la fuerza y vehemencia de este. Estaba en compañía de Pirro, y enviado por él á las ciudades, confirmaba el dicho de Eurípides de que la palabra lo vence todo,

É iguala en fuerza al enemigo acero.

Así solia decir Pirro que mas ciudades habia adquirido por los discursos de Cineas que por sus armas; y siempre le honraba, y se valia de él con preferencia entre los demas. Cineas pues como viese á Pirro acalorado con la idea de marchar á la Italia, en ocasion de hallarse desocupado le movio esta conversacion: Dicese, ó Pirro, que los Romanos son guerreros, é imperan á muchas naciones belicosas: por tanto si Dios nos concediese sujetarles, ¿qué fruto sacaríamos de esta victoria? Y que Pirro le respondió: Preguntas, ó Cineas, una cosa bien manifiesta: porque vencidos los Romanos, ya nó nos queda allí ciudad ninguna, ni bárbara ni griega que pueda oponérseles; sino que inmediatamente seremos dueños de toda la Italia, cuya extension, fuerza y poder menos pueden ocultársete á tí que á ningun otro. Detúvose un poco Cineas, y luego continuó: Bien, ¿y tomada la Italia, ó Rey, qué haremos? y Pirro, que todavía no echaba de ver adonde iba á parar; Allí cerca, le dijo, nos alarga las manos la Sicilia, isla rica, muy poblada y fácil de tomar: porque todo en ella es sedicion, anarquía de las ciudades, é impudencia de los demagogos desde que faltó Agatocles. Tiene bastante probabilidad lo que propones, contestó Ci-



neas; ¿pero será ya el término de nuestra expedición tomar la Sicilia? Dios nos dé vencer y triunfar, dijo Pirro, que tendremos mucho adelantado para mayores empresas: porque ¿quién podría no pensar después en el Africa y en Cartago, que no ofrecía dificultad, pues que Agatocles, siendo un fugitivo de Siracusa, y habiéndose dirigido á ella oculta-mente con muy pocas naves, estuvo casi en nada el que la tomase? y dueños de todo lo referido, ¿podrá haber alguna duda en que nadie nos opondrá resistencia de los enemigos que ahora nos insultan? Ninguna, replicó Cineas; sino que es muy claro que con facilidad se recobrará la Macedonia, y se dará la ley á la Grecia con semejantes fuerzas; pero después que todo nos esté sujeto ¿qué haremos? Entonces Pirro, echándose á reír, descansaremos largamente, le dijo, y pasando la vida en continuos festines y en mutuos coloquios nos holgaremos. Después que Cineas trajo á Pirro á este punto de la conversacion: ¿Pues quién nos estorba, le dijo, si queremos el que desde ahora gocemos de esos festines y coloquios, supuesto que tenemos sin afán esas mismas cosas á que habremos de llegar entre sangre y entre muchos y grandes trabajos y peligros, haciendo y padeciendo innumerables males? Pero Cineas con este discurso mas bien mortificó que corrigió á Pirro; pues aunque entró en cuenta del gran sosiego que se esperaba, no fue dueño de renunciar á la esperanza de los proyectos y empresas á que estaba decidido.

Empezó pues por enviar en auxilio de los Tarentinos á Cineas, que llevó consigo tres mil soldados: después traídos de Tarento muchos transportes para caballos, naves armadas y toda especie de buques, embarcó veinte elefantes, tres mil caballos, veinte mil infantes, dos mil arqueros, y honderos quinientos. Cuando todo estuvo á punto, se hizo á la vela; y hallándose ya en medio del mar Jonia, fue arrebatada violentamente la escuadra de un recio Boreas que á deshora se levantó; y lo que es él mismo pudo, aunque no sin dificultad y trabajo, ser llevado á la orilla y arrimado á tierra por la industria y cuidado de los pilotos y marineros; pero la escuadra se separó y dispersó; y unas naves desviadas de la

Italia corrieron por los mares Líbico y Siciliano, y á otras que no pudieron doblar el promotorio Yapigio, las sorprendió la noche, y arrojándolas la marejada á playas inaccesibles y desconocidas, las destruyó todas á excepcion de la del Rey. Esta, mientras fue solo contrastada del oleage, pudo sostenerse y resistir por su porte y firmeza á los embates del mar; pero cuando ya empezó á soplar y rodearla el viento de tierra dándole por la proa, corrió gran riesgo de abrirse y despedazarse: así el mas terrible de los males que se tenían presentes era el entregarse de nuevo á un mar irritado, y á un viento que por puntos variaba; y con todo llevando áncoras Pirro, se lanzó mar adentro, siendo grande la porfía y empeño de sus amigos y sus guardias en estar á su lado. Mas la noche y las olas con fuerte bramido y violento torbellino estorbaban que pudieran socorrerse: de manera que con dificultad al día siguiente, aplacado ya el viento, pudo saltar en tierra, quebrantado y sin poderse valer de su cuerpo; pero contrastando por la energía y fuerza de su alma con tamaño contratiempo. Entonces los Mesapios, á cuya tierra aportó, se apresuraron con la mejor voluntad á darle los auxilios que podían, procurando recoger las pocas naves que se habian salvado, en las que existian solo unos cuantos hombres de los de á caballo, mas de dos mil de infantería y dos elefantes.

Recogido esto poco, marchó Pirro á Tarento, y yendo á encontrarle Cineas, luego que supo su llegada con los soldados que á su venida trajo, entró así en la ciudad; en la que nada hizo por fuerza ni contra la voluntad de los Tarentinos, hasta que se salvaron del mar las otras naves, y llegó la mayor parte de las restantes tropas. Entonces como viese que la muchedumbre ni estaba en disposición de salvarse, ni de salvar á otros sin una gran violencia, coligiéndose ser su ánimo que el mismo Pirro se pusiese delante, mientras ellos permanecian quietos en casa entretenidos en sus baños y convites, cerró los gimnasios y los paseos, que era donde hablaban de negocios y donde hacian la guerra de palabra; apartándolos además de los banquetes y regocijos intempestivos. Llamábalos á las armas, siendo duro é inflexible en